

## ESPAÑA Y JAPÓN EN EL SIGLO XVII: LAS DOS EMBAJADAS DE LA ERA KEICHÔ (1596-1615)

Spain and Japan in the XVIIth Century: The two “Keichô” Diplomatic Missions (1596-1615)

**Carlos Martínez Shaw**

Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Real Academia de la Historia (España)

### **Resumen**

A principios del siglo XVII, Japón envió dos embajadas a España para entablar una negociación sobre asuntos políticos, económicos y misionales. La que debe ser llamada “primera embajada de la era Keichô” ofreció a los barcos españoles una escala segura en los puertos japoneses a cambio de abrir alguno de esos puertos al comercio con la plaza novohispana de Acapulco, pero el denodado esfuerzo del franciscano Alonso Muñoz ante el Consejo de Indias no consiguió la adhesión de las autoridades hispanas. Por su parte, la que debe ser llamada “segunda embajada de la era Keichô”, que llevaba a su frente a Tsunenaga Hasekura, llegó a Sevilla cuando ya podía considerarse definitivo el fracaso de las negociaciones, pese a lo cual obtuvo en su momento una mayor visualización y hasta ahora una mayor resonancia historiográfica.

**Palabras clave:** España, Japón, siglo XVII, Embajadas.

### **Abstract**

At the beginning of the XVIIth centry, Japan sent to Spain two diplomatic missions for a negotiation about political, economic and missional matters. The first mission of “Keichô Era” offered to Spanish ships a safe stopover in Japanese ports, demanding in exchange the opening to one of these ports of the trade held in the Mexican town of Acapulco, but Franciscan Alonso Muñoz’s strong effort in the Council of the Indies did not get a positive response from Spanish authorities. The second mission of “Keichô Era”, with Japanese ambassador Tsunenaga Hasekura at its head, arrived to Seville when the negotiation could already be considered as a definitive failure, but it obtained at the moment a greater visualization and so far a greater historical echo.

**Keywords:** Spain, Japan, XVIIth Century, Diplomatic Relations.

Las relaciones de Japón con los pueblos ibéricos se remontan a la primera mitad del siglo XVI. Primero, un barco con mercaderes portugueses a bordo arriba a la isla de Tanegashima en 1543. Después, un misionero jesuita, Francisco Javier, desembarcado en Kagoshima, predica el cristianismo en la isla de Kyûshû desde 1549 a 1551. Más tarde, se entablan negociaciones comerciales, entre cuyos productos de intercambio se encuentran los arcabuces que utiliza Oda Nobunaga en su empeño de construcción de un estado unificado frente a la fragmentación feudal heredada de tiempos anteriores. Finalmente, Japón, desde diversas instancias, envía a los reyes de España y Portugal (Felipe II y Felipe III) hasta tres

embajadas durante las eras Tenshō y Keichō, con varios objetivos, pero entre los que figura siempre la intención de establecer estrechos vínculos entre las potencias cristianas europeas (la Corona hispanoportuguesa y el Papado) y la cristiandad japonesa en auge<sup>1</sup>.

La primera de estas embajadas se conoce corrientemente como Misión Tenshō, por haberse realizado durante dicha era de acuerdo con la cronología japonesa, concretamente entre 1582 y 1590. Es una misión impulsada por los jesuitas, con el padre Alessandro Valignano a la cabeza, con el fin de recabar el apoyo del rey de España y Portugal y del Papa, así como de recaudar fondos para la misión jesuítica en tierras japonesas. De ahí que su itinerario siga la ruta portuguesa a través de Macao y Goa hasta llegar a Lisboa, donde será recibida por Felipe II (y I de Portugal). Sus impulsores son tres señores (*daimyō*) cristianos del sur, de la isla de Kyūshū: Ōmura Sumitada, Arima Harunobu y Ōtomo Yoshishige (más conocido como Ōtomo Sōrin), feudatarios que ejercen su autoridad sobre sus extensos solares situados respectivamente los dos primeros en Hizen y el último en Bungo. Sus ejecutores serán un grupo de notables que acompañan a cuatro niños bautizados que habrán de convertirse en representantes del cristianismo nipón ante los mandatarios europeos. La operación, por desgracia, parte lastrada de origen, ya que Oda Nobunaga, que desde su alta posición había dado todo su apoyo a la embajada, es asesinado el mismo año en que zarpan los barcos con rumbo a Occidente (1582), dejando el poder en manos del segundo de los tres reunificadores del Japón del Quinientos, Toyotomi Hideyoshi. No obstante, la Misión Tenshō conseguiría culminar con éxito todo el periplo previsto, de modo que no sólo obtendría el apoyo de Felipe II, sino que también sería benevolentemente acogida por Francisco I de Medicis, Gran Duque de Toscana, y por el papa Gregorio XIII y su sucesor, el papa Sixto V<sup>2</sup>.

\*\*\*\*\*

El periodo inmediatamente posterior sigue caracterizado por la colaboración entre una y otra parte en un clima de buena voluntad. Son unos años que las autoridades españolas aprovechan, después de no pocas vacilaciones, para organizar definitivamente el comercio transpacífico, a partir de las medidas de 1593, que decretan la *permisión* del tráfico entre Filipinas y la Nueva España, mediante el Galeón de Manila, que garantiza la ruta entre la capital del archipiélago y el puerto mexicano de Acapulco, por la cual circula, en un sentido, la seda china (y otros productos asiáticos) y, en dirección opuesta, la plata

---

<sup>1</sup> Sobre los comienzos del Japón moderno, John Whitney Hall, *The Cambridge History of Japan. 4. Early Modern Japan* (Cambridge: Cambridge University Press, 1991) y Marius B. Jansen, *The Making of the Modern Japan* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2000). Sobre el cristianismo en Japón, cf. tres obras con puntos de vista muy diferentes: Charles Ralph Boxer, *The Christian century in Japan, 1549-1650* (Berkeley: University of California Press, 1951). Lothar Knauth, *Confrontación transpacífica: el Japón y el Nuevo Mundo hispánico, 1542-1639* (México: Universidad Nacional Autónoma de México 1972)., y Antonio Cabezas, *El Siglo Ibérico de Japón. La presencia hispano-portuguesa en Japón (1543-1643)* (Valladolid, Universidad de Valladolid, 1995.)

<sup>2</sup> Sobre la Misión Tenshō, José Guillén Selfa, *La primera Embajada del Japón en Europa y en Murcia (1582-1590)* (Murcia, Editora Regional de Murcia, 1997). y Derek Massarella, *Japanese Travellers in Sixteenth Century Europe. A Dialogue Concerning the Mission of the Japanese Ambassadors to the Roman Curia (1590)* (Farnham, Surrey, 2012). La biografía clásica de Toyotomi Hideyoshi es la de Elizabeth Berry, Hideyoshi (Cambridge: Harvard University Press, 1982).

mexicana (o de otra procedencia), creando una línea comercial que alcanzará más de dos siglos de vigencia<sup>3</sup>.

Sin embargo, este ambiente de bonanza va a quebrarse a causa de un incidente fortuito que romperá los lazos entre el supremo mandatario de Japón y el gobernador de Filipinas, dejando paso a una etapa de convulsión e incertidumbre. El suceso que abre la crisis es bien conocido: el galéon español *San Felipe* realiza una arribada forzosa en el puerto de Urado, en la bahía de Tosa, y, cuando todo hacía prever la ayuda a los siniestrados por parte del *taiko* (regente) Toyotomi Hideyoshi, el mandatario japonés denuncia el naufragio como una maniobra deliberada para iniciar la ocupación militar de su país siguiendo la típica secuencia del desembarco de mercaderes, religiosos y militares, es decir como una avanzadilla de la conquista (recordando los antecedentes hispanos en América y Filipinas), no sabemos si a causa de un temor sincero o como un mero ejercicio de cinismo. El caso es que Hideyoshi no sólo se apodera de todo el cargamento de la nave, sino que además decreta la pena de muerte para veintiséis cristianos (seis franciscanos, tres jesuitas y diecisiete seglares japoneses): son los famosos 26 mártires de Nagasaki, que sufren el suplicio el 5 de febrero de 1597. Sin embargo, pese a la conmoción que sacude el mundo hispano y el mundo cristiano en general, las autoridades filipinas intentan reconducir el caso, enviando como embajador a Luis de Navarrete Fajardo, que negocia con éxito la recuperación de los cuerpos de los crucificados y la reanudación de las conversaciones de colaboración comercial<sup>4</sup>.

La situación, sin embargo, dará un vuelco inesperado con la muerte, casi simultánea, en 1598, de los dos grandes protagonistas de esta relación, el rey Felipe II de España y el *taiko* Toyotomi Hideyoshi. A partir de ahora puede iniciarse una nueva etapa presidida por dos nuevos interlocutores, el rey Felipe III y el *shogún* Tokugawa Ieyasu, lo que permitirá abrir un nuevo periodo de negociaciones, que culminará con las dos embajadas japonesas enviadas a Madrid en la segunda década del siglo XVII, que son el objetivo de este ensayo.

\*\*\*\*\*

La segunda embajada de Japón a España (la más importante sin duda) tendrá, por tanto, como impulsores a las nuevas autoridades del Japón, los *shogunes* Tokugawa Ieyasu (bajo distintos títulos, 1598-1616) y Tokugawa Hidetada (1605-1623), que han consolidado su posición tras la victoria de

---

<sup>3</sup> Sobre la organización del primer comercio transpacífico, William Lytle Schurz, *El Galeón de Manila* (Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1992). (edición original inglesa, 1939). Carmen Yuste López, *El comercio de la Nueva España con Filipinas, 1590-1785* (México, INAH, 1984)., y Luis Alonso Álvarez, *El costo del Imperio Asiático. La formación colonial de las Islas Filipinas bajo dominio español, 1565-1800* (México, Instituto de Investigaciones D. José María Luis Mora, 2009).

<sup>4</sup> Así cuenta el cronista Domingo Chimalpahin la llegada de los restos de los mártires a la Ciudad de México: “El domingo 6 de diciembre de 1598, por la tarde, llegaron los restos de los padres descalzos que habían muerto en Japón, en tierras de la China (evidente imprecisión geográfica y política), por la tarde llegaron los religiosos trayendo en hombros las cajas donde venían [los restos]; y todos los religiosos que había en México fueron a San Diego a recibirlos. Luego se hizo una descarga de arcabuces, y cuando la escucharon allá en San José, colgaron cuatro lienzos con pinturas en la iglesia; todos fueron a miraras y admiraras, españoles y naturales. Allá se pusieron las pinturas en los muros de San José, por indicaciones de [fray Francisco de] Gamboa y de fray Juan [de Castillo], que entonces tenían a su cargo a los mexicas” (Domingo Chimalpahin, *Diario* (paleografía y traducción de Rafael Tena) (México: Conaculta, 2001), Diario 73.

Sekigahara en 1600<sup>5</sup>. El proyecto de Tokugawa Ieyasu consistía en ofrecer a las autoridades filipinas los puertos japoneses para que sirvieran de escala, refresco y feria mercantil a los barcos en ruta a Acapulco, pero a cambio los españoles debían consentir en el establecimiento de una línea comercial que uniera algún puerto de la región del Kantô (en la costa oriental de Honshû) con la plaza mexicana de Acapulco, de donde los japoneses pensaban obtener mercurio y pesos de plata españoles. Una línea que de hecho venía a duplicar la del Galeón de Manila<sup>6</sup>.

Este plan será aceptado parcialmente por parte del gobernador de Filipinas, Pedro Bravo de Acuña (1602-1606), que enseguida dispone la salida regular de un barco anual que desde Manila llegue a Usuki (en Bungo). En realidad, la idea del gobernador poco tenía que ver con el proyecto de Ieyasu, por lo que aquí comienza el permanente malentendido entre españoles y japoneses, que dirán que sus proyectos son complementarios cuando en realidad eran radicalmente opuestos. Pedro Bravo de Acuña quería obtener en Usuki varios beneficios netos: comprar a buen precio pertrechos y harina de trigo y vender géneros filipinos; controlar la ruta Manila-Usuki como alternativa a la presencia incontrolada de los barcos japoneses en los puertos de la isla de Luzón; mantener la amistad con un “rey poderoso y bárbaro”, cuya enemistad era considerada como potencialmente peligrosa; imponer la aceptación de los frailes mendicantes en la isla de Kyûshû, y fortalecer la relación con los *daimyô* católicos de Kyûshû. Por el contrario, guardaba un profundo silencio sobre la futura línea Kantô-México, a causa de tres razones principales: la inseguridad sobre la línea de Tordesillas en relación con el Japón; la oposición del “partido” luso-jesuítico a la actuación del “partido” castellano-mendicante, y la oposición de los beneficiarios de la línea del Galeón de Manila, que será siempre el obstáculo decisivo a cualquier entendimiento entre Japón y España durante la era Keichô. En cualquier caso, pese a estas reticencias de fondo, el buen clima de entendimiento se volvió a hacer patente en el tratamiento amistoso dado a los naufragos del galeón *Espíritu Santo* en la provincia de Tosa en 1602.

Frente a la iniciativa del gobernador de Filipinas, el proyecto de Ieyasu se basaba en la conversión de Edo en una gran ciudad comercial, descansando sobre una serie de cimientos bien definidos: el mantenimiento del barco anual Manila-Usuki; el control de las licencias para navegar a Manila, especialmente desde la isla de Kyûshû; la colaboración española en materia naval, consistente en la transmisión de los conocimientos de pilotos y carpinteros de ribera; la colaboración española en materia minera, consistente en la formación de expertos y en la transmisión de las técnicas del azogue para la amalgama de la plata, y la apertura de la ruta entre Uraga (como puerto del Kantô) y Acapulco como clave de bóveda de todo el proyecto.

Los años 1608-1609 fueron una época de transición. Se inició de modo halagüeño con la partida del navío anual a Usuki (julio 1608), con una carta amistosa del nuevo gobernador Juan de Silva (1608-1616)

---

<sup>5</sup> João Paulo Oliveira e Costa, “Tokugawa Ieyasu and the Christian Daimyo during the Crisis of 1600”, *Bulletin of Portuguese/Japanese Studies*, 7 (2003): 45-71. Sobre Tokugawa Ieyasu, la obra clásica es la de Arthur Lindsay Sadler, *The Maker of Modern Japan. The Life of Tokugawa Ieyasu* (Londres: George Allen & Unwin Ltd., 1937).

<sup>6</sup> Sobre el trasfondo económico de las relaciones hispano-japonesas durante la era Keichô, Emilio Sola, *Historia de un desencuentro. España y Japón, 1580-1614* (Michigan: Fugaz Ediciones, 1999). y Ubaldo Iaccarino, “El papel del Galeón de Manila en el Japón de Tokugawa Ieyasu (1598-1616)”, en *Un océano de seda y plata. El universo económico del Galeón de Manila*, Ed. Salvador Bernabéu Albert y Carlos Martínez Shaw (Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2013) 133-153.

a Tokugawa Ieyasu y con la respuesta igualmente cordial del *shōgun* (agosto 1608), dando la bienvenida al nuevo gobernador, expresando su alegría por la continuidad del comercio y ratificando el buen trato dispensado a los misioneros (“los padres son tratados con simpatía y buena voluntad”). Sin embargo, poco después aparecen algunos nubarrones en este cielo de la colaboración hispano-japonesa. Primero, los holandeses son bien recibidos en Hirado, puerto de Kyūshū también abierto al tráfico europeo (agosto 1609). Segundo, los mismos holandeses, a las órdenes del almirante Witter, atacan Manila aunque son rechazados (octubre 1609)<sup>7</sup>. Tercero, se produce el confuso incidente del navío portugués *Madre de Deus*, que finalmente sería incendiado por su capitán en Nagasaki (enero 1610). Y, cuarto y último, el gobernador Juan de Silva impide la salida del navío destinado a Usuki en 1609 debido al trato favorable dado a los neerlandeses<sup>8</sup>.

Al mismo tiempo, no obstante, se produciría otro hecho cargado de consecuencias. Rodrigo de Vivero, que había sido gobernador interino de Filipinas, sufre el naufragio del galeón *San Francisco* acaecido cerca de Edo (30 septiembre 1609), lo que le permite visitar a los *shōgunes* Hidetada en Edo y Ieyasu en Suraga y escribir una carta a este último solicitando la protección para los frailes, la expulsión de los holandeses y el mantenimiento de las relaciones amistosas entre España y Japón. Aunque la respuesta de Tokugawa Ieyasu no da completa satisfacción a Rodrigo de Vivero (puesto que el *shōgun* no accede a la petición de expulsión de los holandeses), la entrevista mantenida entre ambos abrirá el último gran periodo de entendimiento entre los dos países (1610-1613). Vivero consigue una amplia serie de concesiones favorables a España: el embarque del matalotaje de los galeones en los puertos japoneses (evitando salir demasiado cargados del puerto de Manila) y el permiso de escala en Uruga, tanto a la ida como a la vuelta, con derecho de extraterritorialidad, libertad de culto y de evangelización, privilegios en la explotación de minas de oro y plata, derecho a mantener astilleros y almacenes propios y derecho a adquirir provisiones a precios justos y moderados. Este acuerdo empezó a ponerse en práctica con la utilización del astillero de Itō, al sur de la península de Izu, para la construcción de los buques *San Buenaventura* y *San Sebastián*<sup>9</sup>.

La colaboración avanzaría todavía más con la llegada a Japón de Sebastián Vizcaíno, en calidad de embajador del virrey de Nueva España (otoño 1611). Vizcaíno visitó diversos puertos en torno a la ciudad

---

<sup>7</sup> Manila ya había sido atacada por primera vez en 1600, como explica detalladamente en su crónica uno de los protagonistas de la defensa, Antonio de Morga, *Sucesos de las Islas Filipinas, México 1609* (ed. de Patricio Hidalgo Nuchera, Madrid, 1997). Sobre estos tempranos ataques holandeses, André Murteira, “La Carrera da Índia y las incursiones holandesas en el Índico Oriental”, en *España y Portugal en el mundo (1581-1668)* Directores Carlos Martínez Shaw y José Antonio Martínez Torres (Madrid: Polifemo, 2014), 297-314.

<sup>8</sup> Sobre las relaciones entre españoles y holandeses en Extremo Oriente en este periodo, Jonathan I. Israel, *The Dutch Republic and the Hispanic World, 1606-1661* (Texas: Clarendon Press, 1982). Jaap R. Bruijn, *The Dutch Navy in the Seventeenth and Eighteenth Centuries* (Columbia: University of South Carolina Press, 1990). y Ernst Van Veen, “VOC. Strategies in the Far East (1605-1640)”, *Bulletin of Portuguese Japanese Studies*, nº 3 (2001): 85-105. Sobre las estrategias defensivas españolas ante las amenazas holandesas en el mismo ámbito, Carlos Martínez Shaw, “La Armada en Filipinas durante los tiempos modernos, en *El estado en guerra. Expediciones navales españolas en el siglo XVIII* Ed. María Baudot Monroy (Madrid: Polifemo, 2014), 93-116.

<sup>9</sup> Sobre Rodrigo de Vivero y Velasco, *Du Japon et du bon gouvernement de l’Espagne et des Indes. Traduit et présenté par Juliette Monbeig* (París, S.E.V.P.E.N., 1972). y Juan Gil, *Hidalgos y Samurais. España y Japón en los siglos XVI y XVII* (Madrid, Alianza Editorial, 1991), 140-257. Cf. asimismo, José Luis Álvarez-Taladriz, “Don Rodrigo de Vivero et la destruction de la Nao ‘Madre de Dios’ (1609-1610)”, *Monumenta Nipponica*, t. II, 1939, pags. 147-179..

de Sendai al nordeste de la isla de Honshû (entre ellos Ishinomaki y Tsukinura), donde obtuvo autorización para hacer escala, comprar pertrechos y madera y utilizar la mano de obra local, a fin de fomentar la construcción naval, que saldría mucho más barata que en los astilleros filipinos habituales de Cavite, Otón (Ilo-Ilo), Bagatao, Marinduque o Masbate e incluso que en la India o en Camboya<sup>10</sup>.

Las andanzas de Vivero y Vizcaíno, sin embargo, pusieron aún más de manifiesto el gran malentendido, ya que las promesas del primero de favorecer el proyecto de Ieyasu sobre la línea de Uraga a las costas de México (compensación a las muchas concesiones del *shôgun*) resultaban imposibles de cumplir, como se encargaron de demostrar toda una serie de voces discrepantes. El propio Vivero se daba cuenta de que México sólo se avendría a enviar a Japón lo que le resultara “inútil y superfluo”, es decir, vino, paño, añil, grana, cueros, fieltros, sombreros, etcétera, mientras que querría recibir a cambio de Japón solamente plata y oro, pues los demás productos no le interesaban (e incluso los españoles de Filipinas rechazaban la plata japonesa porque contribuía a la inflación de los precios en el archipiélago). Por su parte, Vizcaíno, mucho más escéptico, exponía su fracasada experiencia de vender en Edo la carga de sus barcos, compuesta de “paños negros de Segovia, rajás de Florencia, jabón, zapatos de cordobán, cueros de vaca, vidrios, lana y medicinas”.

Al margen de Vivero y Vizcaíno, más críticos todavía resultaban otros expertos en cuestiones filipinas como Hernando de los Ríos Coronel, Antonio de Morga, el ex-gobernador Pedro Bravo de Acuña o Juan Cevicos (o Cevicós). El primero rechazaba la ayuda naval española: “no interesan unos japones expertos en la navegación, pues será muy peligroso”. Por su parte, Juan Cevicos, en un conocido memorial redactado en Madrid (en 1610), negaba la viabilidad del comercio hispano-japonés: “De lo que el Japón carece y lo que principalmente se desea y tiene gasto en aquel reino es de sedas y otros frutos de la China”. Y más adelante: “(A México) solamente se puede llevar de Japón fierro, cobre y plomo, en lo cual habrá ganancia navegándose para el Perú desde Acapulco”. En realidad, los dos elementos negativos subyacentes, desde un punto de vista mercantil, eran la falta de complementariedad entre Japón y Nueva España y la imposibilidad de que los filipinos aceptasen un Galeón japonés en paralelo y en competencia con un Galeón filipino. Y, sin embargo, el proyecto urdido entre Vivero y Ieyasu daría lugar a la preparación de las dos embajadas destinadas a Madrid, que intentarían conseguir sus objetivos a fines de la era Keichô: la de fray Alonso Muñoz y la de fray Luis Sotelo, conocida esta última corrientemente como la embajada de Hasekura.

Así, estas fueron las bases (acuerdo comercial sobre una línea directa entre el Japón y la Nueva España y otros asuntos, en materia económica, y vía libre a la predicación de los franciscanos, en materia espiritual) que permitieron decidir que una embajada a España sería el mejor medio de hacer efectivos estos acuerdos tratados en Edo y Suruga. La primera embajada de la era Keichô (segunda en Europa tras la luso-jesuítica de la era Tenshō) llevó a su frente al franciscano Alonso Muñoz, que a última hora substituyó a su hermano en la orden Luis Sotelo. Los expedicionarios embarcaron en 1610 en el *San*

---

<sup>10</sup> Sobre Sebastián Vizcaíno, la obra esencial es la de M. W. Mathes, *Sebastián Vizcaíno y la expansión española en el Océano Pacífico* (México: UNAM, 1973).

*Buenaventura*, llegando al puerto de Matanchel y completando así la primera derrota directa desde Japón a los dominios americanos españoles. Sin embargo, las negociaciones con el virrey de México acabaron por decidir que el embajador japonés Tanaka Shôtsuke se quedase en Nueva España, mientras sólo el español Alonso Muñoz seguía viaje a Europa, llegando a Sevilla en otoño de 1611. Mientras tanto, el emisario del virrey de Nueva España, Sebastián Vizcaíno, se encontraba en Japón preparando una nueva embajada, la que habitualmente se conoce como Misión Keichô, en realidad la segunda embajada de la era Keichô, la embajada de Hasekura.

Alonso Muñoz no perdió el tiempo y llegó a Madrid provisto de sus cartas y de sus regalos para el rey y el duque de Lerma, mientras esperaba que el Consejo de Indias emitiera una resolución que diera satisfacción a las solicitudes de sus mandatarios. Las cartas dirigidas al duque de Lerma y firmadas respectivamente por Ieyasu (28 diciembre 1609) y Hidetada (4 mayo 1610) se custodian ambas en el Archivo General de Indias de Sevilla<sup>11</sup>. Por el contrario, poco sabemos de las cinco armaduras de regalo para Felipe III, ya que las dos armaduras completas de la Real Armería de Madrid, pertenecientes al periodo Momoyama, están documentadas con anterioridad a 1584 (por lo que pertenecieron sin duda al regalo de la embajada Tenshô), mientras el *kabuto* conservado de una tercera correspondiente al periodo Edo puede atribuirse a esta embajada o a la siguiente, la encabezada por Sotelo y Hasekura<sup>12</sup>.

Alonso Muñoz planteó el acuerdo en unos términos que ponían de un lado de la balanza el apoyo de los Tokugawa a la evangelización franciscana y del otro (siguiendo a Vivero) una alianza comercial basada en el intercambio transpacífico de la grana, el jabón, los cordobanes, los cueros y otros géneros venidos de México frente a las remesas de plata japonesa, por lo que no estamos seguros de que el veterano Ieyasu hubiera dado su asentimiento a semejante formulación. En cualquier caso, el Consejo de Indias respondió favorablemente a los requerimientos de Alonso Muñoz no mucho tiempo después (mayo 1612). Sin embargo, las cartas que debían comunicar el acuerdo a los *shogunes* japoneses no acabaron de concretarse, probablemente por todos los argumentos que se han señalado: enemiga del grupo luso-jesuitico, temor al adiestramiento naval de los japoneses, incertidumbre sobre la substancia del tráfico transpacífico de ambos aliados y (siempre como clave de bóveda) la resistencia de Manila (y de Macao) a una ruta comercial que arruinaba el comercio del Galeón de Manila. La perseverancia del negociador franciscano dio, pese a todos los pesares, nuevos frutos favorables a sus propuestas: el Consejo de Castilla se reafirmó en su posición inicial (mayo 1613, un año justo después de su primera respuesta). La historia se repitió y el franciscano hubo de urgir a la preparación del regalo para los *shogunes* y a la firma de las cartas a Ieyasu (20 junio) y Hidetada (23 noviembre). La larga duración del proceso hizo que la resolución llegase demasiado tarde: el año 1613 había estado jalonado de diversos edictos anticristianos y el 13 de diciembre Tokugawa Ieyasu había promulgado un decreto desterrando a todos los misioneros de sus tierras<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> Marina Alfonso Mola y Carlos Martínez Shaw, *El Galeón de Manila* (Madrid, Aldeasa, 2000).

<sup>12</sup> Álvaro Soler del Campo, "Embajadas japonesas en la Real Armería", en *Oriente en Palacio. Tesoros asiáticos en las Colecciones Reales españolas*, Ed. Marina Alfonso Mola y Carlos Martínez Shaw (Madrid: El Viso, 2003), 59-67.

<sup>13</sup> Sobre la embajada de fray Alonso Muñoz, cf. sobre todo, Sola, *Historia de un desencuentro*. 134-136.

La clausura de la embajada, una vez que habían quedado frustradas sus expectativas, puede ser resumida con relativa brevedad. Felipe III volvió a reconsiderar su postura y remitió una nueva carta a México destinada a ser reenviada a los *shogunes* donde suprimía la cláusula relativa al establecimiento de la línea transpacífica entre el Kantô y el litoral mexicano (23 diciembre 1614). La mutilación del acuerdo con la supresión de su cláusula esencial por parte de Felipe III (y la insistencia del virrey novohispano en la necesidad de derogar el decreto relativo a los franciscanos) no permitía concebir la más mínima esperanza a la embajada que zarpó (28 abril 1615) rumbo a Uruga, donde arribó el 15 de agosto siguiente<sup>14</sup>. Enterado del contenido de la respuesta, Ieyasu expresó su “desagrado infinito” por la actitud de los españoles, no quiso ni tan sólo recibir a la embajada y la mandó de vuelta rumbo a México, adonde llegó en febrero de 1617, tres años después de que todo estuviera ya perdido. Y, sin embargo, mientras tanto, otra embajada, la tercera, la hasta ahora llamada por antonomasia (pero impropriamente) Misión Keichô había salido de Japón para duplicar de alguna manera la embajada de Alonso Muñoz, tanto en el ámbito de la predicación del evangelio como en el del establecimiento de relaciones comerciales. Desgraciadamente, para esas fechas, la embajada no tenía ya ninguna posibilidad de éxito<sup>15</sup>.

\*\*\*\*\*

La segunda embajada de la era Keichô partió el 28 de octubre de 1613, algunos meses después de que se hubieran dado la serie de edictos anticristianos que marcaban un cambio de signo en la política de los Tokugawa y mes y medio antes del decreto de Ieyasu contra la predicación franciscana, que anulaba los denodados esfuerzos de fray Alonso Muñoz en Madrid para conseguir un documento real favorable a los intereses de todas las partes y que movilizaba en contra de cualquier acuerdo a las autoridades novohispanas y filipinas. La embajada inició su travesía a bordo del navío *San Juan Bautista* (o *Date Moru*, en la versión japonesa), de 500 toneladas, que había sido construido gracias a la colaboración entre los carpinteros de ribera de Sebastián Vizcaíno y los de Tadakatsu Mukai (más conocido como Mukai Shôgen), almirante de la flota japonesa y comandante de la Armada de Uruga. La nave zarpó de la bahía de Tsukinura, cerca del pueblo de Ishinomaki, y tras alcanzar el cabo Mendocino (26 diciembre) y el puerto de Zacatula (20 enero) arribaría finalmente a Acapulco el 25 de enero de 1614<sup>16</sup>.

---

<sup>14</sup> Entretanto, el virrey de Nueva España, el marqués de Guadalcázar, en desacuerdo con cualquier concesión a los japoneses, ya se había curado en salud, reteniendo el regalo real: “Me obligo a no enviar el presente hasta traer nueva orden de Vuestra Majestad, pues llegaría a mal tiempo a la parte [Japón] de donde me echan a los ministros del Evangelio, si bien hay que pensar en cómo se atajará que los holandeses no hallen allá la acogida que pretenden, de que podrían resultar otros daños”.

<sup>15</sup> Sola, *Historia de un desencuentro*. 140-141.

<sup>16</sup> Sola, *Historia de un desencuentro*. 133-134. José Koichi Oizumi y Juan Gil, *Historia de la Embajada de Idate Masamune al Papa Paulo V (1613-1615) por el Doctor Escipión Amati intérprete e historiador de la Embajada* (Aranjuez: Doce Calles, 2011). 22-28. En la relación de Sebastián Vizcaíno, el viaje de Tsukinura a Acapulco se sustancia en el último apartado del último capítulo (Gil, *Hidalgos y Samurais*. 382-383.): “Y con esto se partió el dicho general [Sebastián Vizcaíno] y gente al reino de Ox [Oxú o Bojú, es decir Mutsu] a cumplir lo prometido, donde estuvimos en la fábrica del navío y apresto para el viaje hasta veinte y siete de octubre, pasando muy grandes trabajos con los dichos japoneses, que es la gente más mala, como dicho tengo, que hay en el mundo. Hubo algunas faltas de su parte, particularmente de matalotaje, que no hubo para la mitad del viaje. Descubrieron a la partida muy mal trato (y) grande interés. No cumplieron con algunas de las capitulaciones. Y el general disimuló, porque no sucediera algún gran mal. En todo esto andaba el dicho religioso [fray Luis Sotelo], y él despachó el navío y embarcó todos los japoneses que quiso; y se hizo gobernador y capitán de él. Y visto que no lo podía remediar, el general, aunque hizo algunas diligencias, se embarcó como pasajero. Y si hiciera otra cosa, según estaban los japoneses, nos matarían a palos. Al fin, este día nos hicimos a la vela en seguimiento de nuestro viaje con razonables tiempos, haciendo algunas diligencias por las islas, porque vinimos por su altura. No se halló nada. En el golfo hubo algunas



La embajada presentaba algunas características que la diferenciaban de la anterior<sup>17</sup>. Lo más llamativo era la numerosa y vistosa comitiva del embajador japonés Hasekura, que se componía de no menos de ciento cincuenta personas entre los samuráis de su séquito y la demás gente de su servicio, como correspondía a la importancia que se concedía a la actividad diplomática que debía desempeñar ante tan altos señores como el rey de España y Portugal y el Papa, cabeza visible de la Iglesia Católica. Para tal misión se había designado a Tsunenaga Rokuemon Hasekura, caballero de noble estirpe, cuya familia había estado al servicio del clan Date desde los tiempos medievales. Hasekura se había distinguido personalmente como militar en la guerra de Corea y en las luchas internas que sacudieron este agitado periodo de la historia japonesa, llegando a ser nombrado capitán de los arcabuceros de la guardia de Date Masamune. Sin duda próximo al cristianismo aunque todavía no había sido bautizado, desempeñó a satisfacción igualmente diversas funciones de consejero junto al *daimyô*. De ahí su elección para ponerse al frente de la embajada, misión que llevaría a cabo con la mayor prudencia y discreción hasta allí donde lo hicieron posible las circunstancias. Tras su periplo por España y por Italia, a la vuelta aún permanecería en Sevilla hasta la completa evidencia del fracaso de la embajada, regresando después de nuevas peripecias al cabo de los años a pasar en su tierra la última parte de su existencia, tal como un Ulises oriental que tras haber hecho un bello viaje vuelve a su patria a vivir con los suyos el resto de su edad (“le reste de son âge”, como dijo Joachim du Bellay, de quien tomo la imagen)<sup>18</sup>.

Sin embargo, lo más significativo del inicio de esta historia es su gestación, en la que intervienen sobre todo dos personalidades de gran relieve. Por una parte, el franciscano sevillano Luis Sotelo, alma de la embajada, a la que va a dotar del sello de su poliédrica personalidad, y alma del proyecto, dirigido a un objetivo fundamental por encima de todos los demás: conseguir el máximo apoyo para la predicación franciscana y la consolidación del cristianismo japonés. No es aquí el momento de ensayar un biografía del religioso, aunque debe señalarse su nacimiento en Sevilla y su condición de segundón de una noble familia de ascendiente converso bien arraigada en la ciudad (lo que le proporcionará una serie de bazas para moverse cómodamente en los círculos oficiales hispalenses) y su vocación misionera que (tras sus estudios en Salamanca y su ingreso en la orden franciscana) le llevará a México, a Filipinas y al Japón. En 1609 estuvo al lado de Rodrigo de Vivero para apoyarle en su proyecto conjunto con Ieyasu y en 1613, después de salvarse de una condena a muerte decretada por Hidetada, cuando ya la política religiosa de los Tokugawa estaba dando el giro que conduciría a la abierta persecución de las dos décadas siguientes,

---

tormentas. Y a veinte y seis de diciembre vimos tierra del cabo Mendocino, y con calmas y bonanzas llegamos a este paraje de Zacatula, donde se determinó de despachar aviso a Su Excelencia [el virrey]. Y en este estado quedó esta relación”.

<sup>17</sup> Que era una segunda embajada, y no la “Misión Keichô” consagrada equivocadamente por toda una historiografía, ya lo señaló con claridad meridiana Domingo Chimalpahin: “Ésta era la segunda vez que una nao de japoneses aportaba en las costas de Acapulco” (Domingo Chimalpahin, *Diario* (paleografía y traducción de Rafael Tena) (México: Conaculta, 2001), 365.

<sup>18</sup> Para la biografía de Hasekura, especialmente, José Koichi Oizumi, *Hasekura Tsunenaga. Desgracias de la misión de la era Keicho* (Tokio: Chûkô-Shinsho, 1999). Cf. asimismo para el desarrollo de la misión, José Koichi Oizumi, *Estudios sobre la misión de la era Keicho* (Japón: Bunshindo Ltd., 1994). José Koichi Oizumi, *Estudios académicos sobre Hasekura Tsunenaga y la misión de la era Keicho* (Japón: Bunshindo Ltd., 1998), y José Koichi Oizumi, *Documentos de la misión de la era Keicho conservados en los archivos de Roma, España y México*. Traducción al japonés 1 (Japón: Yukanzaku Co., 2010). La cita completa de los versos de Joachim du Bellay es como sigue: “Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage, / Ou comme celui-là qui conquiert la toison / Et puis est retourné, plein d’usage et raison, / Vivre entre ses parents le reste de son âge”.

conseguiría su sueño de encabezar una embajada franciscana a España y Roma tras haber perdido la ocasión de la anterior, que había sido dirigida finalmente, pese al proyecto inicial, por su hermano en la orden Alonso Muñoz<sup>19</sup>.

Por parte japonesa, la gran figura es la de Date (Idate) Masamune, daimyô de Mutsu, constructor de la ciudad de Sendai al nordeste de la isla de Honshû (por lo que también se le titula como “señor de Sendai”) y quizá en este momento el más encumbrado de todos los potentados cristianos, no sólo del Kantô, sino de todo Japón. Fue gracias a su iniciativa cómo se salvaron todas las trabas iniciales. Fue él quien consiguió el indulto de Luis Sotelo, él quien obtuvo la colaboración de Sebastián Vizcaíno, él quien ordenó la construcción del *San Juan Bautista*, él quien supo ganarse para la embajada si no el reconocimiento oficial como una embajada de estado sí al menos la autorización de los Tokugawa para llevarla a cabo, fue él quien se ocupó de todos los detalles y planificó las cuestiones más relevantes: los hombres (incluyendo a Hasekura), los regalos y las cartas para Sevilla, Madrid y Roma, con las oportunas propuestas de cooperación entre las autoridades de Europa y de Japón, y, más particularmente, con la cristiandad japonesa que él creía representar<sup>20</sup>.

Ahora bien, todos los protagonistas se tropezarían con los mismos obstáculos de la embajada de Alonso Muñoz y con algunos más, que serían, por un lado, la pésima coyuntura de la empresa (cuando los franciscanos estaban siendo perseguidos ya por los Tokugawa y cuando Felipe III estaba ya preparando la anulación de las concesiones hechas anteriormente a los *shogunes*) y, por otro, la menor entidad del impulsor de la jornada europea, un feudatario, un noble (que pronto pareció haber dejado de contar con el apoyo de su superior jerárquico), al que había que otorgarle en las crónicas el título de “rey de Bojú”, es decir, de soberano de un reino (según la concepción japonesa, pero sin ninguna equivalencia con la noción europea)<sup>21</sup>.

En Nueva España, la embajada se adelgaza. Viajan sólo tres franciscanos y sólo 30 de los integrantes de la comitiva de Hasekura, mientras los demás se quedan en México. Todos ellos (después de hacer el “camino de Asia” y el “camino de los virreyes”) zarpan de Veracruz en el galeón *San José*, uno de los de la Carrera de Indias, el 14 de junio de 1614, y arriban a Sanlúcar de Barrameda el 5 de octubre del mismo año. Aquí empieza la aventura española de Hasekura y sus compañeros, que actúan siempre guiados por la batuta de Luis Sotelo<sup>22</sup>.

Sabemos por la documentación oficial de la Casa de la Contratación que los viajeros desembarcan el 8 de octubre y que son recibidos por el duque de Medina Sidonia, que era el señor de Sanlúcar de Barrameda, quien procede a darles alojamiento y a reembarcarlos (posiblemente el día siguiente, el 9) en

---

<sup>19</sup> Sobre fray Luis Sotelo, Lorenzo Pérez, “Apostolado y martirio del Beato Luis Sotelo en el Japón”, *Archivo Ibero-Americano* XXII (Madrid: Imprenta Hispánica, 1924), 327-383. Oizumi y Gil, *Historia de la Embajada de Idete Masamune*, 27. Cf. asimismo, Juan Gil, *Los conversos y la Inquisición sevillana. Ensayo de Prosopografía* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2001), 398.

<sup>20</sup> Sobre Masamune, José Koichi Oizumi, *El objetivo verdadero de misión de la era Keicho y de Rokuemon Hasekura* (Japón: Yuzankaku Co., 2005). y Oizumi, *Documentos de la misión*.

<sup>21</sup> Derivado del señorío de Mutsu, en castellano fue habitualmente Voxu, Voju, Boxu, Boju y, sobre todo, Bojú.

<sup>22</sup> Para la estancia en México, Miguel León-Portilla, “La embajada de los japoneses en México, 1614. El testimonio en náhuatl del cronista Chimalpahin,” *Estudios de Asia y África*, n° 17 (abril-junio 1981), 215-241., y Gil, *Hidalgos y Samurais*, 384-389. Sobre el “camino de Asia” y el “camino de los virreyes”, Ramón María Serrera, *Tráfico terrestre y red vial en las Indias españolas* (Madrid: Lunberg, 1992), 24-39.

dos galeras aguas arriba del Guadalquivir, hasta llegar a Coria del Río, donde la expedición pasará unas jornadas de descanso alojados sus miembros con diversas familias del lugar. La elección de Coria era habitual, pues el pueblo se había especializado en servir de escala a la flota de la Carrera para proceder al aligeramiento de la carga y al transporte de las mercancías en falúas y gabarras, al arreglo de los buques y a la restauración de los tripulantes y de los pasajeros antes de superar el último meandro del río y hacer la entrada oficial en la ciudad de Sevilla<sup>23</sup>.

Sin que poseamos demasiados detalles de esta estancia coriana (ni siquiera sabemos los días exactos de duración de la misma), estamos sin embargo bien informados de las etapas inmediatamente posteriores gracias a la existencia de diversas crónicas: la de Escipión Amati (traductor oficial de la embajada y autor de una pormenorizada crónica que va de 1613 a 1615 y por lo tanto refleja la totalidad del periplo español, aunque en realidad sólo fuera testigo presencial de los hechos a partir de la llegada de los diplomáticos a Madrid y no antes), la de Diego Ortiz de Zúñiga (cronista riguroso y autor de unos muy celebrados anales de la ciudad, editados en 1677, que sin embargo tampoco fue testigo personal de la jornada sevillana), y la breve noticia anónima de la Biblioteca Colombina de Sevilla inserta en un manuscrito de 1698 y que fue publicada en su día por Francisco Morales Padrón<sup>24</sup>.

Hasekura y los (veinte o treinta) integrantes de su séquito hicieron su entrada solemne en Sevilla el día 23 de octubre de 1614 (fecha ofrecida por Diego Ortiz de Zúñiga y por la noticia de la Biblioteca Colombina y más segura que la del día 21 que señala Escipión Amati), acompañados durante seis millas por una cabalgata formada de carrozas y caballos hasta llegar a la puerta de Triana, donde fueron recibidos por el asistente, conde de Salvatierra, además de otra serie de autoridades y miembros de la nobleza sevillana<sup>25</sup>. Mientras Hasekura descendía de la carroza, el público quedaba maravillado al ver el atuendo de los visitantes, ya que todos iban “vestidos soberbiamente a la usanza del Japón”. Y a partir de ahí, “la cabalgata prosiguió [su curso] con increíbles aplausos y algazara de la gente, que había ocupado las calles principales, y por la puerta de Triana llegó al alcázar real, adornado y tapizado con ornamentos de gran valor”. Después de unas primeras conversaciones, todos se prepararon para “el banquete de la noche con gran aparato de viandas, multitud de criados y singular alegría”, un anticipo del aparato festivo que iba a acompañar a los embajadores a todo lo largo de su estancia sevillana, punteada de “diversos

---

<sup>23</sup> Juan Gil, *La India y el Lejano Oriente en la Sevilla del Siglo de Oro* (Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla, 2011), 357-359.

<sup>24</sup> Diego Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla* (Madrid: Imprenta Real, 1796) (edición original, 1677). t. IV, 239-242; Oizumi y Gil, *Historia de la Embajada*; y Francisco Morales Padrón, *Memorias de Sevilla. Noticias del siglo XVII* (Córdoba: Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1981). 151. El relato más completo de la escala sevillana, en Marcos Fernández Gómez, “Sevilla, encrucijada entre Japón y Europa. Una embajada japonesa a comienzos del siglo XVII” (Misión Keicho), *Archivo Hispalense*, No. 248 (1998): 33-60. y Marcos Fernández Gómez, “La Misión Keicho (1613-1620): Cipango en Europa. Una embajada japonesa en la Sevilla del siglo XVII,” *Studia Storica. Historia Moderna*, No. 20 (1999): 269-295. Cf. asimismo: Osami Takizawa, “La delegación diplomática enviada a Roma por el señor feudal japonés Date Masamune (1613-1620)”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. CCV, cuaderno I (enero-abril, 2008): 137-158..

<sup>25</sup> La fecha del 23 en Diego Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla* (Madrid: Imprenta Real, 1796) (edición original, 1677), 240. y en Francisco Morales Padrón, *Memorias de Sevilla. Noticias del siglo XVII* (Córdoba: Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1981). 151. La fecha del 21 dada por Amati, en Oizumi y Gil, *Historia de la Embajada*. 77.

entretenimientos de comedias, bailes y festines”, aunque no pudo haber juegos de toros, como había sucedido en el virreinato novohispano, en Acapulco y en Puebla de los Ángeles<sup>26</sup>.

A renglón seguido se procedió a la celebración de las sesiones oficiales donde los embajadores debían de dar cuenta a las autoridades hispalenses del contenido de su misión. Así, siguiendo aquí al caballero veinticuatro Diego Ortiz de Zúñiga (abuelo de nuestro cronista), el cabildo municipal dio cuenta de haber recibido y leído en el Ayuntamiento el 8 de octubre las cartas que se le habían entregado. En realidad todas ellas estaban firmadas por Idate Masamune y fechadas en Sendai el 26 de octubre de 1613. La dirigida a la Ciudad de Sevilla se sigue custodiando en el Archivo Municipal, mientras la carta destinada al rey Felipe III se ha perdido y la del Papa se conserva en el Archivo Vaticano<sup>27</sup>.

La sesión extraordinaria de la recepción de los embajadores tuvo lugar el 27 de octubre. Tras el acomodo preferente de Luis Sotelo y Hasekura en la sala de audiencias cerca del asistente, Don Tomás, capitán de la guardia del embajador japonés, hizo su entrada con la carta y el regalo de Masamune: una espada y una daga prestigiadas por haber sido de uso personal del señor de Sendai y que por desgracia han desaparecido<sup>28</sup>. La carta (traducida por Luis Sotelo) exponía el principal motivo de la misión: comunicar al “grande y poderoso rey de España” y al papa el deseo del daimyô de convertir sus estados al cristianismo y “someter nuestra corona y nuestros vasallos a la Santa Iglesia”. Finalmente, había una cláusula privativa y más prosaica para Sevilla, que era aludida laudatoriamente del siguiente modo: “Entre las naciones del mundo a la más famosa muy ilustre ciudad de Sevilla”. Parece recomendable reproducir íntegro el apartado:

“Mucho antes habíamos tenido noticia del concurso de navíos que van a contratar a esa famosa república desde el mar de las Indias y el del Sur, guiados por pilotos y otras personas de gran inteligencia en el arte náutico y de profundo conocimiento de todos los mares conocidos. Y como deseamos saber si es posible la navegación desde nuestro mar al de España, y los puertos que se encuentran y los climas que se atraviesan, nos gustaría que se sirviese juntar a los susodichos y nos diese relación de la consulta; porque, si se puede navegar, daríamos orden a nuestros bajeles de hacer todos los años ese viaje para tener ocasión más frecuente de manifestarle nuestra amistad; sobre lo cual el padre [Sotelo] procurará suplir con su palabra lo mucho que dejamos de decir por hacer uso de la debida brevedad; al cual se

---

<sup>26</sup> Así lo señala Amati (Oizumi y Gil, *Historia de la Embajada*. 73 y 75.).

<sup>27</sup> Fernández Gómez, “Sevilla, encrucijada entre Japón y Europa.” 34-38, y Fernández Gómez, “La Misión Keicho.” 271-272.

<sup>28</sup> Sobre la desaparición de las armas, debemos recurrir primero a José Velázquez y Sánchez, *La embajada japonesa en 1614. Historia sevillana* (Sevilla: Comisaría de la Ciudad de Sevilla para 1992)/ (Ayuntamiento de Sevilla, 1992) (edición original, 1862)., que se hace eco de los siguientes hechos en su escrito de 1862: “En sesión de 13 de noviembre de 1634 se dio cuenta a la ciudad del escandaloso extravío del archivo concejil que habían experimentado varios sellos de oro de privilegios rodados de los señores reyes, documentos que eran de grande importancia para la hacienda y propios de Sevilla, y alguna de las armas conocidas por *catanas*, regaladas por el caballero embajador del Bojú (pág. 156). Sin embargo, Fernández Gómez, “La Misión Keicho.” 27. ha seguido la pista de la catana hasta el siglo XIX: “Igualmente apareció en 1859 la espada –pero no la daga-, en un lamentable estado de deterioro, lo cual exigió una detenida restauración, aunque el regalo superviviente terminó desapareciendo también del archivo, posiblemente a raíz de los desórdenes provocados por la revolución de 1868”. Ahora bien esta fecha parece provenir de la famosa crónica anónima de la Biblioteca Colombina de 1698, que presenta un párrafo incongruente con la fecha de la redacción y que de momento sólo parece poder explicarse por una interpolación tardía: “Esta espada [una espada a usanza japonesa] se conservó hasta la revolución del 68 [1868 con seguridad] que la chusma la robó”. Por fortuna todo este episodio sólo constituye un suceso menor dentro de nuestra historia.

servirá vuestra señoría prestar la fe que conviene e indicarle al mismo tiempo en qué podamos servirla, con la certeza de encontrar en nosotros la perpetua voluntad de servir a esa república”<sup>29</sup>.

Naturalmente, tal propuesta estaba totalmente fuera de la política comercial de la España del momento. Por un lado, el Mar del Sur sólo indirectamente entraba en el área de intercambios (a través de la línea Panamá-Callao en un caso y a través de la línea Manila-Acapulco en otro). Y, por otro lado, la Carrera de Indias estaba concebida como un monopolio de los naturales de los reinos de España y seguía unas pautas muy definidas que excluían la navegación directa con reinos que no estuvieran bajo la soberanía española, así como otras rutas distintas a las ya fijadas. Al margen de que un comercio directo con Japón sólo podía hacerse del modo propuesto por Vivero (es decir explotando una ruta Kantô-México) o siguiendo la ruta portuguesa cerrada por el tratado de Tordesillas a los españoles, que no la emplearían para su navegación comercial hasta finales del siglo XVIII. Una propuesta, pues, inviable, que rozaba el planteamiento utópico. Sevilla, como era obvio, no contestó a tal requerimiento<sup>30</sup>.

A partir de aquí la embajada se entregó a una suerte de vida lúdica, donde ocupó una parte relevante el turismo religioso. Fue un mes muy animado en que Hasekura y su séquito tuvieron ocasión de visitar la Catedral (con la Giralda) y el convento de San Francisco, así como de ser recibidos por el arzobispo de la diócesis, que comparó la llegada de los enviados japoneses con la de los Reyes Magos de Oriente. Hasekura y sus acompañantes salieron de la ciudad hispalense el 25 de noviembre de 1614 a fin de cumplir con los verdaderos objetivos de la embajada. Dio así comienzo a la que había de ser la parte más relevante de su estancia en España, su comunicación directa con el rey y con otras personalidades tanto civiles (duque de Lerma) como eclesiásticas (nuncio pontificio). El documento en que el rey señala 200 reales de vellón como dieta diaria del conjunto de la embajada, permite al mismo tiempo intuir las dudas del monarca y sus consejeros acerca del sentido y, en consecuencia, del modo en que había de procederse con la nueva embajada, al ordenar: “Cuando venga al padre Muñoz se le pregunte lo que entiende de esto y después se juntará con fray Luis Sotelo para conferir entre los dos lo que hubiere, y entenderse de raíz la sustancia de esta venida y lo que se pareciere”. Parece lógica esta cautela en un momento en que Felipe III, siguiendo la sugerencia de fray Alonso Muñoz, ha escrito a Ieyasu y Hidetada (vía México) aceptando sus propuestas sobre el comercio transpacífico (junio-noviembre 1613), pero acaba de volver a escribir al virrey novohispano en sentido contrario (diciembre 1614). El monarca ante este cambio de la situación en Japón y ante la presencia de una segunda embajada que duplica la anterior necesita manejar todos los datos<sup>31</sup>.

De esta forma, Felipe III se dio un margen de maniobra mientras los embajadores recibían en San Francisco la visita de numerosos oficiales reales, hasta que el 30 de enero de 1615 se procedió a la recepción oficial por parte del soberano. La carta de Masamune (hoy perdida, por lo que hay que recurrir

<sup>29</sup> Oizumi y Gil, *Historia de la Embajada*. 80-81.

<sup>30</sup> “La ciudad de Sevilla se limitó, que no fue poco, a recibir a la embajada japonesa, a proporcionar el alojamiento y sustento a sus miembros, tanto a la ida como a la vuelta, y a facilitar, organizar y costear el transporte de toda la comitiva a Madrid. Las restantes peticiones del rey de Bojú, que escapaban de la propia jurisdicción de la ciudad al tratarse de materias de política exterior, fueron comunicadas por el Cabildo hispalense al rey...” (Fernández Gómez, “Sevilla, encrucijada entre Japón y Europa.” 37-38).

<sup>31</sup> El texto en Oizumi y Gil, *Historia de la Embajada*. 85.

a la crónica de Amati para conocer su contenido) fue expuesta por Hasekura, destacando en ella tres puntos esenciales: la petición de “religiosos y santos predicadores que prediquen la verdad del santo evangelio”, el ofrecimiento del “reino y corona” de Masamune como en una especie de vasallaje de un “rey” a un emperador o al menos al representante de una “monarquía” superior y, finalmente, el propio bautizo largo tiempo aplazado del emisario en presencia de Felipe III. El soberano español agradeció los ofrecimientos de manera genérica, pospuso la discusión de las cuestiones concretas para una ulterior ocasión y prometió asistir al bautizo de Hasekura, como así sucedió<sup>32</sup>.

A continuación, tomó la palabra fray Luis Sotelo, que hizo un discurso políticamente muy estudiado. Por un lado, realizó el tránsito entre el señor de Sendai y el *shogún* Tokugawa (uno de los eslabones débiles de la embajada de Hasekura, el ser la iniciativa de un mero *daimyô* y no del *shogún*), aludiendo a la continuidad entre la primera embajada de Alonso Muñoz y la actual tal como si fueran una sola y única. Y, por otro, afirmó que incluso esta segunda parte de la embajada le había sido encargada por el propio *shogún*, después de que el fraile le hubiera señalado la desventaja de preferir la alianza holandesa a la mucho más poderosa de España (con lo cual quebraba el segundo eslabón débil, la vaguedad del compromiso de Ieyasu con Masamune y Hasekura). Finalmente omitía cualquier alusión a los últimos nubarrones que se cernían sobre la comunidad cristiana japonesa a causa justamente del cambio de actitud de los Tokugawa, cada vez más contrarios a la predicación del evangelio, al tiempo que subrayaba la necesidad de esta segunda embajada o segunda parte de la única embajada (tercer y último eslabón débil de la cadena)<sup>33</sup>.

Amati afirma que Sotelo “entregó la carta imperial a las reales manos de su Majestad”, pero sabemos que no existió ninguna carta shogunal. Es más, está documentado el hecho de que la inexistencia de carta alguna de Ieyasu fue la razón aducida en el Consejo de Estado por el duque del Infantado para oponerse incluso a la mera recepción de la embajada de Hasekura, aunque finalmente predominó la opinión opuesta y Sotelo y los japoneses fueron acogidos en la Corte, como acabamos de ver. En cualquier caso, el fraile siguió defendiendo ante las autoridades españolas los mismos puntos: la embajada de Hasekura tenía el consentimiento de los *shogunes*, proponía la perpetua amistad con el rey de España y condenaba la alianza con sus enemigos y sus peticiones principales concernían al envío de misioneros, pilotos y marineros y al establecimiento de la navegación entre Japón y Nueva España. En suma, concluye Emilio Sola, “una vez más, la vieja oferta de Rodrigo de Vivero”<sup>34</sup>.

En los días siguientes, el rey continuó dando evasivas, pues la cuestión a esas alturas ya había quedado zanjada, aunque permitió la ronda de visitas de los emisarios japoneses a las más altas dignidades civiles y eclesiásticas del reino, incluyendo al todopoderoso duque de Lerma y al nuncio pontificio, el arzobispo de Capua. Sobre el principal objetivo de la embajada, Madrid ya no tenía nada más que decir y así lo manifestó sin recato desde entonces. La embajada había dejado de tener sentido: su

---

<sup>32</sup> El texto en Oizumi y Gil, *Historia de la Embajada*. 86-87.

<sup>33</sup> Oizumi y Gil, *Historia de la Embajada*. 89.

<sup>34</sup> Sola, *Historia de un desencuentro*. 138.

fracaso se unía al de la embajada anterior, la de Alonso Muñoz, que había estado más cerca del éxito pero que tampoco había cosechado ninguno de los frutos esperados<sup>35</sup>.

\*\*\*\*\*

Tras ocho meses de estancia en Madrid, la embajada salió el 22 de octubre con destino a Roma. El papa Paulo V le dispensó una excelente acogida, pero sus buenas maneras ocultaron su intención de no dar a sus peticiones concretas ninguna respuesta comprometedoras, advertido además como lo estaba por los consejeros de Felipe III. Igual que en Madrid, los avances de los emisarios de Masamune se estrellaron contra un muro, pese a la plétora de gestos cortesés en que vino envuelta la negativa: la audiencia pontificia, la concesión de la ciudadanía romana a los integrantes de la legación, la entrega de la carta en que el papa daba respuesta a la de Masamune y de otra carta más, dirigida ésta a los cristianos del Japón. Sin embargo, tales muestras de extremada deferencia no colmaban ninguna de las expectativas de la embajada. En realidad, su tiempo había pasado<sup>36</sup>.

Vino la hora del regreso. El 7 de enero de 1616 (después de más de dos meses de estancia), los expedicionarios japoneses salieron de Roma con destino a Barcelona. La comitiva atravesó España como una centella, ya que, aunque en abril se detuvo en la Corte pese a las recomendaciones en contra del Consejo de Indias a Felipe III, fue encaminada con toda celeridad a Sevilla para embarcar lo antes posible con rumbo a México a fin de alcanzar rápidamente el Japón. Y así, ese mismo año de 1616, la flota de Nueva España tomó como pasajeros a trece de los samuráis del séquito de Hasekura. El embajador, no obstante, quiso todavía disponer de un último cartucho y permaneció acogido a la hospitalidad del convento franciscano de Loreto, no lejos de la localidad sevillana de Espartinas, donde aguardaría inútilmente algún nuevo signo favorable durante un año más. En 1617, finalmente, se produjo el embarque de Hasekura y sus cinco últimos samuráis con destino a Veracruz. Después vendría la llegada a México (septiembre 1617) y a la isla de Luzón (junio 1618), la salida de Manila (agosto 1620) y la llegada final a Nagasaki y Sendai (septiembre 1620), donde Hasekura acabaría sus días<sup>37</sup>.

\*\*\*\*\*

La segunda embajada de la era Keichô nació en una encrucijada económica, política y religiosa de Japón. Sin embargo, fue una empresa diplomática *ill-fated*. Los motivos ya se han dicho: sus argumentos repetían los de la otra embajada de la era Keichô, la del franciscano Alonso Muñoz, mientras su representatividad era menor como iniciativa de un noble, por muy poderoso que fuese, y no del *bakufu* Tokugawa, verdadero interlocutor válido para el rey de España o para el Papa. Además, incluso los primeros planteamientos, concebidos por Rodrigo de Vivero y Tokugawa Ieyasu, e interpretados de modo que no soliviantaran a las autoridades hispanas por el propio embajador franciscano, no habían tenido buena acogida en España, que había antepuesto sus intereses comerciales a sus objetivos evangélicos, o, dicho en otras palabras, había sacrificado las expectativas de la expansión del cristianismo por tierras

<sup>35</sup> El capítulo de visitas lo detalla Amati, en Oizumi y Juan Gil, *Historia de la Embajada*. 90-93.

<sup>36</sup> Las cartas papales se reproducen en Oizumi y Gil, *Historia de la Embajada*. 167-169 y 169-170.

<sup>37</sup> Oizumi, *Hasekura Tsunenaga*. 112, 145 y 152.

japonesas en el altar del Galeón de Manila, es decir al complejo económico montado por Nueva España y las Filipinas para explotar en su provecho un comercio transpacífico que había de funcionar sobre la base de la seda china y la plata mexicana y que no admitía nuevos socios en la empresa.

Para colmo, la misión llegó en el momento más inoportuno, cuando ya se habían promulgado algunos decretos significativos que iban dirigidos contra la predicación franciscana y, más allá todavía, contra la propia existencia de una comunidad cristiana en tierras del Imperio. Los enemigos del acuerdo, desde el virrey de Nueva España hasta el gobernador y capitán general de Filipinas, encontraron en las ejecuciones dictadas contra los cristianos de 1613 y, finalmente, en el decreto contra los franciscanos de finales de ese mismo año, la excusa perfecta para paralizar cualquier intento de pacto, lo que hubiera sido difícil de explicar en caso de mantenerse en pie la oferta de favorecer la evangelización del Japón a cambio de la participación en el comercio transpacífico.

Ahora bien, ¿habría que añadir a este cuadro, ya de por sí lleno de sombras, alguna otra negra pincelada? José Koichi Oizumi, en dos libros y en su reciente introducción a la crónica de Scipione Amati, ha sostenido la tesis de la “traición” de Idate Masamune. Según los testimonios aducidos, el señor de Sendai estaría proyectando una ambiciosa maniobra para derrocar a los Tokugawa y apoderarse del *shogunato* gracias al apoyo próximo de los numerosos cristianos japoneses y el apoyo lejano de las potencias católicas europeas, singularmente el rey de España y Portugal, que podría aportarle la tecnología minera, náutica y militar que le daría la necesaria supremacía sobre sus rivales. Esto es lo que se deduciría de la siguiente carta escrita por fray Luis Sotelo en 1618: “Y como éste [Date Masamune] ve que es tan grande el número de cristianos en Japón, que pasa de trescientos mil y sabe cuán fieles son los cristianos a sus señores, desea que lo sean sus vasallos, aun él serlo [cristiano], para que se se le alleguen todos los demás cristianos del imperio, que por no tener príncipe andan perseguidos y descarriados, y con ellos acometer el imperio, y que éste se quede siempre en su casa y familia, como están los imperios y estados entre los cristianos”. El proyecto sobre el papel es de una claridad meridiana, pero seguramente el señor de Sendai sopesaría otros elementos que hacían muy difícil pasarlo del concepto a la práctica. En cualquier caso, hay toda una serie de elementos para explicar el desencuentro entre España y Japón a la altura de estas fechas sin necesidad de recurrir a este factor suplementario, sea cual sea la relevancia que queramos atribuir a la jugada ideada por Masamune<sup>38</sup>.

## **BIBLIOGRAFIA**

ALFONSO MOLA, Marina y MARTÍNEZ SHAW, Carlos. *El Galeón de Manila*. Madrid: Aldeasa, 2000.

ALONSO ÁLVAREZ, Luis. *El costo del Imperio Asiático. La formación colonial de las Islas Filipinas bajo dominio español, 1565-1800*. México: Instituto de Investigaciones D. José María Luis Mora, 2009.

---

<sup>38</sup> Oizumi, *El objetivo verdadero de misión de la era Keicho*. y Oizumi, *Documentos de la misión de la era Keicho*. La carta en Oizumi y Gil, *Historia de la Embajada*. 23.



ÁLVAREZ-TALADRIZ, José Luis: “Don Rodrigo de Vivero et la destruction de la Nao ‘Madre de Dios’ (1609-1610)”, *Monumenta Nipponica*, t. II (1939): 147-179.

BERNABÉU ALBERT, Salvador y MARTÍNEZ SHAW, Carlos. *Un océano de seda y plata. El universo económico del Galeón de Manila*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2013.

BERRY, Elizabeth. *Hideyoshi*. Cambridge: Harvard University Press, 1982.

BOXER, Charles Ralph. *The Christian century in Japan, 1549-1650*. Berkeley, University of California Press, 1951.

BRUIJN, Jaap R. *The Dutch Navy in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*. Columbia: University of South Carolina Press, 1990.

CABEZAS, Antonio. *El Siglo Ibérico de Japón. La presencia hispano-portuguesa en Japón (1543-1643)*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 1995.

CHIMALPÁHIN, Domingo. *Diario* (paleografía y traducción de Rafael Tena). México: Conaculta, 2001.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, Marcos. “Sevilla, encrucijada entre Japón y Europa. Una embajada japonesa a comienzos del siglo XVII (Misión Keicho).” *Archivo Hispalense*, No. 248 (1998): 33-60.

----- “La Misión Keicho (1613-1620): Cipango en Europa. Una embajada japonesa en la Sevilla del siglo XVII.” *Studia Historica. Historia Moderna*, nº 20 (1999): 269-295.

GIL, Juan. *Hidalgos y Samurais. España y Japón en los siglos XVI y XVII*. Madrid, Alianza Editorial, 1991.

----- *Los conversos y la Inquisición sevillana. Ensayo de Prosopografía*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2001.

----- *La India y el Lejano Oriente en la Sevilla del Siglo de Oro*. Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla, 2011.

GUILLÉN SELFA, José. *La primera Embajada del Japón en Europa y en Murcia (1582-1590)*. Murcia: Editora Regional de Murcia, 1997.

HALL, John Whitney. *The Cambridge History of Japan. 4. Early Modern Japan*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.

ISRAEL, Jonathan I. *The Dutch Republic and the Hispanic World, 1606-1661*. Texas: Clarendon Press, 1982.

IACCARINO, Ubaldo: “El papel del Galeón de Manila en el Japón de Tokugawa Ieyasu (1598-1616)”, en *Un océano de seda y plata. El universo económico del Galeón de Manila*, Ed. Salvador Bernabéu Albert y Carlos Martínez Shaw, 133-153. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2013.

JANSEN, Marius B. *The Making of the Modern Japan*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2000.

KNAUTH, Lothar. *Confrontación transpacífica: el Japón y el Nuevo Mundo hispánico, 1542-1639*. México: Universidad Nacional Autónoma de México 1972.

LEÓN-PORTILLA, Miguel. "La embajada de los japoneses en México, 1614. El testimonio en náhuatl del cronista Chimalpahin," *Estudios de Asia y África*, nº 17 (abril-junio 1981): 215-241.

MARTÍNEZ SHAW, Carlos. "La Armada en Filipinas durante los tiempos modernos," en *El estado en guerra. Expediciones navales españolas en el siglo XVIII*, Ed. María Baudot Monroy, 93-116. Madrid: Polifemo, 2014.

MASSARELLA, Derek. *Japanese Travellers in Sixteenth Century Europe. A Dialogue Concerning the Mission of the Japanese Ambassadors to the Roman Curia (1590)*. Farnham: Surrey, 2012.

MATHES, W. M. *Sebastián Vizcaíno y la expansión española en el Océano Pacífico*. México, UNAM, 1973.

MORALES PADRÓN, Francisco. *Memorias de Sevilla. Noticias del siglo XVII*. Córdoba: Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1981.

MORGA, Antonio de. *Sucesos de las Islas Filipinas*. México 1609 (ed. de Patricio Hidalgo Nuchera, Madrid, 1997).

MURTEIRA, André. "La Carrera da Índia y las incursiones holandesas en el Índico Oriental", en *España y Portugal en el mundo (1581-1668)*, Directores Carlos Martínez Shaw y José Antonio Martínez Torres, 297-314. Madrid: Polifemo, 2014.

OLIVEIRA E COSTA, João Paolo. "Tokugawa Ieyasu and the Christian Daimyo during the Crisis of 1600", *Bulletin of Portuguese/Japanese Studies*, t. VII (2003): 45-71.

ORTIZ DE ZÚÑIGA, Diego. *Discurso genealógico de los Ortizes de Sevilla*, Cádiz, 1670.

----- . *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Madrid, Imprenta Real, 1796 (edición original, 1677).

OIZUMI, José Koichi: *Estudios sobre la misión de la era Keicho*. Japón: Bunshindo Ltd., 1994.

----- . *Estudios académicos sobre Hasekura Tsunenaga y la misión de la era Keicho*. Japón: Bunshindo Ltd., 1994.

----- . *Hasekura Tsunenaga. Desgracias de la misión de la era Keicho*. Tokio: Chûkô-Shinsho, 1999.

----- . *El objetivo verdadero de misión de la era Keicho y de Rokuemon Hasekura*. Japón: Yuzankaku Co., 2005.

------. *Documentos de la misión de la era Keicho conservados en los archivos de Roma, España y México*. Traducción al japonés, vol. I. Japón: Yukanzaku Co., 2010.

------. *La misión secreta de Masamune Date*. Japón: Yosensha Co., 2010.

----- y Juan GIL. *Historia de la Embajada de Idate Masamune al Papa Paulo V (1613-1615) por el Doctor Escipión Amati intérprete e historiador de la Embajada*. Aranjuez: Doce Calles, 2011.

PÉREZ, Lorenzo. “Apostolado y martirio del Beato Luis Sotelo en el Japón”, *Archivo Ibero-Americano*, t. XXII (1924): 327-383.

SADLER, Arthur Lindsay. *The Maker of Modern Japan. The Life of Tokugawa Ieyasu*. Londres: George Allen & Unwin Ltd., 1937.

SCHURZ, William Lytle. *El Galeón de Manila*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1992 (edición original inglesa, 1939).

SERRERA, Ramón María. *Tráfico terrestre y red vial en las Indias españolas*. Madrid: Lunwerg, 1992.

SOLA, Emilio. *Historia de un desencuentro. España y Japón, 1580-1614*. Michigan: Fugaz Ediciones, 1999.

SOLER DEL CAMPO, Álvaro. “Embajadas japonesas en la Real Armería”, en *Oriente en Palacio. Tesoros asiáticos en las Colecciones Reales españolas*, Ed. Marina Alfonso Mola y Carlos Martínez Shaw, 59-67. Madrid: El Viso, 2003.

TAKIZAWA, Osami. “La delegación diplomática enviada a Roma por el señor feudal japonés Date Masamune (1613-1620)”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. CCV, cuaderno I (enero-abril, 2008): 137-158.

VAN VEEN, Ernst. “VOC. Strategies in the Far East (1605-1640)”, *Bulletin of Portuguese Japanese Studies*, nº 3 (2001): 85-105.

VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José. *La embajada japonesa en 1614. Historia sevillana*. Sevilla: Comisaría de la Ciudad de Sevilla, 1992/ Ayuntamiento de Sevilla, 1992 (edición original, 1862).

VIVERO, Rodrigo de. *Du Japon et du bon gouvernement de l’Espagne et des Indes*. Trad. Juliette Monbeig. París, S.E.V.P.E.N., 1972.

YUSTE LÓPEZ, Carmen. *El comercio de la Nueva España con Filipinas, 1590-1785*. México, INAH, 1984.